

EL LUTO SONRIENTE Y OTROS ENSAYOS BREVES

Jorge Alfonso Chávez Gallo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

EL LUTO SONRIENTE
Y OTROS
ENSAYOS BREVES

EL LUTO SONRIENTE Y OTROS ENSAYOS BREVES

Jorge Alfonso Chávez Gallo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

EL LUTO SONRIENTE
Y OTROS ENSAYOS BREVES

Primera edición 2020 (versión electrónica)

© Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria, CP 20131,
Aguascalientes, Aguascalientes, México
editorial.uaa.mx/

© Jorge Alfonso Chávez Gallo

ISBN 978-607-8782-04-8

Hecho en México/*Made in Mexico*

Esta publicación contó con apoyo de recursos PROFEXCE 2020.

Los contenidos fueron dictaminados por investigadores de reconocida trayectoria y especialistas en la temática en la modalidad doble ciego.

ÍNDICE

Exordio.	
La conversación y el misterio de la Esfinge	9
Sócrates y la lectura	11
Deseabilidad del filosofar	15
Nietzsche y el olvidado cultivo de la humanidad	23
Kant y la dignidad humana	27
Ciencia y libertad	35
El tiempo y la soledad	39
Reticencia de los fantasmas	43
Don Juan y el fin del mundo	47
Dios inánime	51
Sobre las falsas ventajas de la religión (dos razones por las que deberíamos desconfiar de ella)	55
Sobre lo que se denomina «fe»	61
La perfección absoluta y los lápices	67
Irrelevancia de Dios	75
Dos discursos sobre el amor	77
La lectura y los viajes	81
El 68 y la autonomía universitaria	85
Tauromaquia y crueldad	89

El encanto de echar humo y la violencia	93
Breve confesión de un tabacómano	99
Tiempo y trabajo	101
El luto sonriente	111
Epílogo. Sostenerle al espejo la mirada	119
Bibliografía citada	125

EXORDIO

LA CONVERSACIÓN Y EL MISTERIO DE LA ESFINGE

Sócrates, [...] al hacernos dudar de los progresos que trajo la escritura, tu crítica nos ayuda a situar la verdadera función de los libros, que es continuar la conversación por otros medios.

Gabriel Zaid, «Los libros y la conversación»¹

No se trata de tener razón, sino de mover al pensamiento a otros y entenderse también en lo que dicen, de abrir un espacio en el que pueda avivarse «el juego gozoso del intelecto»² y hacer, así, lugar a que alguna verdad aparezca bailando, pues como enseñan los célebres versos de Horacio,³ no está peleada con el regocijo. Se trata, en suma, de conversar: «La conversación pone en obra los talentos de la naturaleza y los refina. Purifica y endereza el espíritu y constituye el gran libro del mundo».⁴ ¿Pero puede en realidad conversarse a través de la escritura? Por supuesto, siempre y cuando uno, como escritor o como lector, deje hablar al otro; que quien escribe deje hablar a través suyo a quienes ha leído o, de manera más

1 En *Leer*, Océano, 2012.

2 Lamberto Maffei, *Alabanza de la lentitud*, trad. Carlos Olalla Linares, Alianza Ed., 2014.

3 «¿[...] aunque decir la verdad, a quien ríe, / qué veda?». Horacio, *Sátiras*, I (24-25), versión de Rubén Bonifaz Nuño, UNAM, 1993.

4 Pierre Richelet, *Dictionnaire de la langue française*, 1728, citado en Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, trad. César Palma, Ed. Siruela, 2007, p. 412.

general, a aquellos a quienes ha escuchado, y que el lector deje que las palabras de quien ha escrito digan incluso lo que no le gustaría escuchar. Conversar es habitar con otro el espacio del pensamiento, que se construye a la vez en el intercambio lingüístico. Hay que aprender a mirarse con los ojos del otro, y ver al otro con los propios como se miraría a sí mismo.

Cada uno es el enigma más arduo y, sin embargo, preferimos ignorarnos. Hablo de ese complejísimo entramado de emociones, sentimientos e ideas que se conectan, contraponen, sobreponen, dan pie unas a las otras, se suceden en forma de historias, melodías, recuerdos y, por ende, expectativas, deseos y ambiciones; en suma, en forma de un sí mismo al que conformamos y recuperamos a cada momento. Esa complejidad no puede darse sino en el intercambio de experiencias, recuerdos, apreciaciones, sentimientos e ideas, con otras personas, con quienes han tenido otras distintas. Antes que cualquier otra cosa, eso es lo que hay también en un libro, cada texto es una mirilla por la que podemos atisbar a otras personas, y gracias a la cual nosotros mismos podemos llegar a ser más de lo que somos, albergar una mayor complejidad, por lo tanto, llegar a tener más qué ofrecer a otros.

Pero, decía, preferimos ignorarnos unos a otros, pero también a nosotros mismos. Nos estancamos en lo que nos ha caído por casualidad, y el hambre de experiencias y de ideas, de conocimiento, se va marchitando junto con nosotros. Es ante esta inercia nihilista que quien filosofa se revela: quiere conocer, expandirse y albergar cada vez más ideas y experiencias, porque eso es lo que nutre la reflexión. Quien filosofa, descifrador de enigmas, quiere encarnar el misterio más arduo: Edipo es el misterio de la Esfinge.